

«poco que ignore las doctrinas del último siglo, ni que sea libre de elegir entre las disolventes máximas del escepticismo y del error, «y los dulces consuelos de la verdad; esa juventud, en fin, á quien «felicitemos por haber entrado paladinamente en la antigua cuanto «gloriosa senda del Catolicismo. Aun felicitamos por ello mucho «mas al país; porque esa nueva generacion, atraida necesariamente «á las ideas de orden y honradez por los principios evangélicos, se «extenderá por todos los puntos de Francia, por ser ella la que de- «be poblar las universidades, las carreras, los tribunales, el ejér- «cito y el foro, derramando por doquiera á torrentes la irresistible «influencia del saber unido á la virtud.»

Tal fue el Padre que eligió la Compañía por intérprete. Hasta entonces habian juzgado prudente los hijos de san Ignacio no ser jesuitas sino en su foro interior: este nombre expuesto á los anatemas, y que podia servir de título de proscripcion, fue el que profirió con amor y entusiasmo el orador cristiano. Era su opúsculo una contestacion dada á las imputaciones de que se veia objeto la Orden de Jesús, y un resumen tan luminoso como elocuente de sus medios y de su fin. Hé aquí cómo se expresaba Ravnigan en su introduccion¹:

«¿Qué hemos hecho, qué hemos dicho los sacerdotes de la Compañía de Jesús? ¿De dónde procede tanto ruido? ¿de dónde nacen «tantas tempestades? ¿Cómo es que hayamos venido á ser nuevamente el objeto de tantos odios, el blanco de tantos ataques, la «causa de tantos temores?

«Vosotros que apeláis sobre nosotros, sobre sacerdotes, sobre franceses, sobre ciudadanos libres y adictos todo el rigor de las proscripciones, ¿nos conocéis? ¿nos habeis visto? ¿nos habeis oido?

«¿Cuál es la palabra que ha salido de nuestra boca que haya alterado la tranquilidad pública ni el respeto debido á las leyes? Y «sin embargo, ¿no han resonado nuestras doscientas voces en un «gran número de pulpitos, desde las ciudades mas populosas hasta los mas humildes villorrios?

«¿Dónde están las autoridades civiles que nos acusan? ¿dónde las «autoridades eclesiásticas que nos condenan?

«¿Hay acaso algun hecho reprehensible y positivo que haya sido «imputado á alguno de nosotros?

«No bastan prevenciones, susceptibilidades ni presunciones, por

¹ De la existencia del Instituto de los Jesuitas, por el R. P. de Ravnigan, de la Compañía de Jesús, pág. 13.

«no poder servir nunca de pruebas: la culpabilidad de una sociedad «no puede tener una expresion práctica y justa sino en las faltas de «los que la componen: á estos, ó sean sus individuos, pertenece la «accion, el crimen, la virtud.

«Y ¿cuáles son entre nosotros los culpables?

«La vida y la influencia política nos son absolutamente extrañas; «porque siervos de la Iglesia, vivimos y proseguimos con ella en «todos los tiempos y lugares, y bajo todos los sistemas de gobierno, la obra del ministerio evangélico.

«Se nos convierte en enemigos de las libertades é instituciones de «Francia; ¿quién lo sabe? ¿Por qué hemos de serlo?

«Y cuando somos los únicos amenazados y hasta excluidos de los «beneficios de una legislacion liberal, ¿por qué se nos trata de opresores?

«¿No es sobre este punto la ridiculez igual á la injusticia?»

Luego concluye el P. Ravnigan en estos términos¹:

«Ó me engaño, ó despues de lo expuesto, el lector de buena fe «comprenderá como un magistrado, un francés, un hombre del siglo XIX, ha podido libre y concienzudamente hacerse jesuita sin «abdicar por esto su razon, y sin renunciar á su tiempo y á su país.

«Ha preservado su razon por haberla colocado en el puerto salvador al abrigo de la tempestad, bajo la salvaguardia del principio «tutelar de la autoridad...

«No, tampoco ha renunciado á su país... Es verdad que la caridad católica al abrazar la humanidad entera en su ardiente expansion, infundió en el corazon de sus apóstoles un sentimiento mas «vehemente que el del patriotismo; es muy cierto tambien que al «presentarse el misionero con la antorcha de la fe á sus hermanos «idólatras de la Corea, ó de las soledades de América, se expone á «veces, ante los intereses inmortales, á olvidar los intereses de un «dia que se agitan en el seno de su patria. ¿Olvida acaso, empero, «por esto su patria? ¿Deja acaso por ello de llevar impresa en su corazon su dulce imagen? ¿deja por esto de formar votos por su felicidad, y de invocar las bendiciones del Altísimo sobre aquellos «que cargan con el enorme peso del gobierno de los pueblos?

«¡Oh! ¡no saben esos hombres que niegan al jesuita el amor á «su país, cuán deliciosa es la emocion de gozo que experimenta al

¹ De la existencia del Instituto, pág. 154.

«hallar entre las tribus salvajes del Nuevo Mundo algunos dulces
«sonidos de su lengua natal, ó al oír en los lejanos mares del Japon
«y de la China el retumbo de la gloria de sus armas!

«¡Y seríanos á nosotros menos querida esa Francia que nunca nos
«hemos visto obligados á abandonar! ¡Cómo no enorgullecemos de
«sus triunfos en la paz y en la guerra, de su genio por las letras y
«las artes, de sus atrevidas conquistas en el dominio de la ciencia
«y en las regiones nuevamente abiertas á la industria! ¡cómo no
«admirar en ella el verdadero foco de la civilizaci6n cristiana! ¡có-
«mo no creernos felices en medio de los inefables consuelos que pro-
«cura hoy día á la Iglesia!

«Tampoco ha renunciado el jesuita á su siglo... Es muy cierto
«que no damos el nombre de mejora y de progreso á todo lo que
«adorna la sabiduría moderna con estos pomposos títulos; no lo es
«menos que no esperamos en el porvenir una religion mas perfecta
«que la de Nuestro Señor Jesucristo, y que la humanidad fecundi-
«zada por los sistemas no nos parece que deba nunca alcanzar una
«era indefinida de virtud y de felicidad.

«Pero, aunque permanezcamos bajo la autoridad inmutable de la
«fe, no dejamos de pertenecer menos por ello á nuestro tiempo por
«las ideas y por el corazon, y sobre todo lo conocemos mucho mas
«de lo que por lo general se cree.

«Así es, que jamás se nos ha ocurrido pensar que doscientos po-
«bres operarios evangélicos, diseminados por el vasto territorio de
«Francia, pudiesen proponerse en tiempos como los presentes es-
«tablecer lo que sin motivo se ha llamado su dominacion.

«Ese anacronismo no es el nuestro, sino el de nuestros adversa-
«rios. Porque dos siglos atrás emprendió la Compañía de Jesús, en
«una tierra virgen y entre pueblos errantes que nacían á la civili-
«zaci6n, realizar el reino del Evangelio, se nos supone hoy día á
«nosotros el absurdo proyecto de querer reinar en Francia. Esto se-
«ría el mas insensato de los sueños... Hé aquí un nuevo golpe que
«rechazamos para que recaiga sobre las imaginaciones delirantes de
«los que se han hecho nuestros enemigos.

«Segun ellos habríase ya cumplido una parte de esta obra, y la
«Iglesia de Francia despues de haber abjurado sus antiguas tradi-
«ciones, sufriría enteramente el yugo de las influencias ultramon-
«tanás.

«¿Serános preciso acaso encargar el estudio de la historia á los que

«tanto les gusta emplear contra nosotros su autoridad? ¿Olvidan,
«pues, los acontecimientos que se han sucedido en el período de se-
«senta años?... Á Dios gracias, el Episcopado francés los ha con-
«servado mas presentes; por esto comprende que despues de seme-
«jantes pruebas, no convenia por medio de controversias sin objeto
«hacer correr á la Universidad nuevos peligros; y se ha unido, es-
«trechado y confundido en un solo cuerpo y una sola alma, al re-
«dedor de la silla de san Pedro, repitiendo con voz unánime estas
«inmortales palabras de Bossuet: «Santa Iglesia romana, madre de
«las iglesias y de todos los fieles, Iglesia elegida por Dios para unir á
«sus hijos en la misma fe y en la misma caridad, estaremos siempre
«adictos á tu unidad con toda la fuerza de nuestros corazones. ¡Si
«te olvido, Iglesia romana, será por haberme olvidado de mí mismo!»

«Y yo tambien, aunque humilde soldado de la unidad católica,
«para ofrecerle, si fuese posible, mas íntima y completamente mi
«alma y mi vida, he ido á proeurarme un humilde destino en las
«filas de la Compañía de Jesús.

«En el estado en que veía la santa Religion de mi Maestro en este
«mundo, despues de la cruda guerra declarada á Jesucristo por la
«incrédulidad del siglo XVIII, me parecia ver al Catolicismo des-
«plegado en batalla ocupando una linea de bastante extension, co-
«mo si fuese un ejército dispuesto á hacer frente á la impiedad y al
«error, para arrancar á la sociedad del inminente peligro que la
«amenazaba. Hé aquí los únicos campos y las solas banderas que en
«ellos ondeaban.

«Veía yo en su centro la cátedra de san Pedro en su majestuosa
«inmovilidad, y junto á ella, en la primera fila del sacrificio y de
«la animosa fidelidad, á la Iglesia de Francia con sus Obispos y sus
«sacerdotes imponente y bella aun á pesar de su desgracia.

«Ciertamente que al alistarme bajo las banderas del santo Funda-
«dor de la Compañía de Jesús, no pretendí por ello separarme de
«la sagrada milicia de mi país; simple soldado, solo he cambiado
«de puesto en el mismo ejército.»

Esta obra, á la cual iba unida la sábia consulta hecha á Mr. de Va-
timesnil, antiguo ministro de Instrucci6n pública en 1828, fue un
verdadero acontecimiento. Colocaba la cuesti6n en el terreno que
nunca habia sido abandonado por los Jesuitas; y á los ojos de los
hombres de buena fe les hacia fuertes por su misma debilidad, y
quizás tambien por aquella inercia harto resignada que no cesaban

sus amigos de estimular, y que convertian sus enemigos en una inexplicable necesidad de accion y autoridad. Tambien el P. Cahour publicó su obra de: *Los Jesuitas, por un Jesuita*. No llevaron los Jesuitas mas léjos la demostracion de la verdad, por haberla ya hecho patente de dos distintos modos, con efusion y con talento. Dejaron, pues, al Episcopado, al Clero, á los oradores y á los redactores independientes el cuidado de su defensa. Animaba á la Universidad la esperanza de triunfar de esa Compañía, cuyos resultados obtenidos le parecia un remordimiento y un peligro. Procuraron los retóricos y sofistas llamar en su auxilio á todos los hombres cuyo nombre disfrutaba de alguna celebridad, haciéndoles abrazar de grado ó por fuerza su partido. Mas de una vez, empero, halló el Instituto de Jesús en las inteligencias superiores una justicia que la medianía le negaba: existia aun en aquella época un antiguo filósofo, un célebre orador que habia dirigido la Universidad, que se gloriaba de haber formado con sus lecciones y discursos toda la generacion liberal. Tal era Royer-Collard, que del fondo del retiro donde iba á terminar su vida oyó el clamoreo que resonaba al rededor de los Padres; encogióse de hombros á la vista de semejantes violencias, y escribió en 15 de febrero de 1844 á Javier de Ravignan, diciéndole: «Vuestra elocuente obra en favor del *Instituto de los Jesuitas* me ha hecho comprender la energía de esa creacion extraordinaria, y el poder que ha ejercido. Si es posible comparar las cosas mas opuestas, como por ejemplo el cielo con la tierra, podrá decirse que Licurgo y Esparta debieron ser la cuna de san Ignacio; «Esparta no obstante pasó, mientras que los Jesuitas serán eternos, «porque tienen un principio de inmortalidad en el Cristianismo y en «las pasiones guerreras del hombre.»

Á fin de dar un falso colorido á la resistencia que hacia la Universidad á la ley sobre la libertad de enseñanza, demostraba que los Jesuitas invadian las escuelas y planteaban en ellas sus doctrinas junto con la inquisicion. Si bien estaban los Jesuitas enteramente separados de la política, no pudieron sin embargo evitar, á consecuencia de haber visitado el duque de Burdeos en su viaje á Inglaterra el colegio de Santa María de Oscott, que fuesen acusados por el *Mensajero* y el *Journal des Débats* de que habian recibido al Príncipe con honores inusitados. El doctor Wiseman, obispo de Melipotamo y director del establecimiento, declaró que nunca habia habido Padres de la Sociedad en Oscott; pero á pesar de este mentís

fundado en un hecho material, no pudo contener la calumnia. Era preciso mezclar á toda costa á los Jesuitas en el compromiso en que los dipulados dinásticos pretendian envolver á aquellos de sus colegas que habian ido á presentar al nieto de Enrique IV el homenaje de un respetuoso recuerdo.

Empezaba ya á tronar la tempestad sobre la cabeza de los Jesuitas, por lo que Mr. Willemain, ministro de Instruccion pública, aprovechó aquel momento oportuno para presentar su proyecto de ley sobre la enseñanza. Tenia aquel proyecto las mas funestas tendencias; empezaba por adoptar las mas injuriosas prevenciones contra el Clero, y mientras que se hacia alarde de una risible libertad, ensanchaba tan solo la senda que habia empezado á recorrer el despotismo universitario. No podia el Episcopado permanecer espectador indiferente en aquellas luchas que debian decidir de la suerte del reino cristianísimo: tenia altos deberes que cumplir, y los cumplió todos con una prudencia hermanada con la dignidad y la energía. En aquella guerra encarnizada que hacia la impiedad á los Jesuitas, se procuró separar la causa del Clero de la de los Padres, suponiendo que su tiranía era odiosa á los eclesiásticos seculares, y que solo trataban estos últimos de sustraerse á ella; pero llegó la hora en que ningun obispo se hizo eco de aquellas supuestas quejas. Al contrario, todos combatieron por la libertad, todos pagaron un justo homenaje al celo y á la ciencia de los Jesuitas, sus cooperadores en los cuidados del sacerdocio; negóse de este modo el Episcopado á aceptar el papel que le señalaba aquella conspiracion urdida por la incredulidad, lo que le valió ser á su vez herido por la misma proscripcion. Habiéndose dirigido los Arzobispos y los sufragáneos al Rey de los franceses, á la Asamblea y á la opinion pública á fin de saber si debia quedar esclavizada para siempre la educacion cristiana, un grito de reprobacion y nuevos ultrajes lanzados por los seides que tenia la Universidad en ambas tribunas parlamentarias, fueron la única contestacion que se dió á su justa demanda.

El proyecto de ley ocasionó vivas discusiones; por una parte los cálculos de un miedo interesado acabaron de hacer mas difícil la posicion de los Jesuitas, al paso que se trataba por la otra de enseñar á la Francia á sondear las doctrinas que iban á imponerse á las generaciones venideras. Bajo las convicciones noblemente formuladas por diferentes oradores, ante los panteistas de la Universidad, cuyos

arrebatos disimulaban muy mal su derrota, se negó la cámara de los Pares á sancionar todo el sistema prohibitivo invocado por el cuerpo enseñante como el único dique que podía oponerse á los Jesuitas y al sacerdocio. Habia en aquel antiguo Senado magistrados, diplomáticos, y altos empleados de fe y de experiencia, tales como el primer presidente Séguier, el conde Beugnot, el marqués de Barthélemy, el duque de Harcourt, de Brigode, de Fréville y de Courtarvel; contemporizadores que aparentaban un deseo real, cuando era tan solo esto efecto de complacer al conde de Montalivet; y otros hombres, en fin, mas jóvenes y audaces que siguiendo las huellas del conde de Montalembert ó del vizconde de Ségur-Lamoignon, manifestaban las necesidades y la oposicion de los católicos. Experimentó la Universidad una gran derrota en estos debates, aunque no por ello se desalentaron los jefes del eclecticismo, esperando que la cámara de los Diputados, mas voluble y sobre todo mas revolucionaria y enemiga del Clero, sabria avivar las pasiones amortiguadas y cicatrizar con un voto de censura las chorreantes llagas de su orgullo. Mr. Thiers fue el que pareció á la Universidad mas á propósito para manifestar el despotismo de un proyecto de ley sobre la libertad. El poder de su palabra, que no debía moderar ni los principios religiosos ni las convicciones políticas, el abuso que hacia de todos los dones del espíritu para falsificar la historia, y debilitar ó fortalecer el poder, segun sus caprichos ó sus esperanzas del momento, el prestigio que su orgullosa inteligencia en los negocios ejercia en una fraccion de diputados que se irritaba al aspecto de un sacerdote y palidecia de espanto al solo nombre de jesuita, todo indicaba ser Mr. Thiers el hombre mas á propósito, el último apoyo de la Universidad; el único que podia salvarla por uno de aquellos ardides ó truhanerías parlamentarios. Fue, pues, Mr. Thiers el confidente de su martirio y el vengador de su inocencia; se obligó á probar que era la Universidad mas católica que la Santa Sede, mas galicana que el Episcopado francés, mas ortodoxa que la Iglesia universal, mas desinteresada que los Jesuitas en el modo de propagar la educacion, y mas moral que aquellos Prelados y familias que condenaban ó deploraban tantas teorías subversivas. Hizose un convenio entre los universitarios comprometidos y el panegirista de los excesos de 1793; obligándose los primeros á ponderar hasta lo ridículo la celebridad de Mr. Thiers, el cual necesita siempre alguno de esos empresarios de gloria artificial. Tomó Mr. Thiers tan á des-

tajo el elogio de la Universidad y la censura del Clero, que la proscripcion de los hijos de Loyola fue ofrecida en arras á los dos partidos contratantes, en aras de la libertad de enseñanza.

Cuando se trata de su persona, Mr. Thiers cuyos instintos egoistas y venales toman siempre las grandes cuestiones por la parte peor, posee un raro talento en explicarlas. Habia decidido ya de antemano en los bastidores parlamentarios que seria nombrado relator del proyecto de ley sobre la instruccion pública, y deseando que su último golpe contra la Sociedad de Jesús fuese anunciado por algunos relámpagos precursores de la tempestad, encargó el *Judio Errante* que fue elaborado en los talleres del *Constitucional*. Era una mala obra en diez tomos, un ultraje al buen sentido así como á la literatura, y, para cerrar de una vez para siempre la boca á la calumnia, deberian los Jesuitas imponer su lectura á sus mas obstinados adversarios. Patrocinó el *Judio Errante* el informe de monsieur Thiers, y el informe de este comentó las impurezas de Mr. Eugenio Sue: el uno se forjó un catolicismo casual, habló de la *augusta religion de sus padres* para engañar á los tontos; mientras que el otro se supuso humanitario y socialista con el fin de infiltrar la impostura en el corazon de los artesanos seducidos por su engañosa piedad. El *Constitucional* estableció una solidaridad que perjudicó mucho al novelista y al hombre político.

Repentinamente se habian visto los Jesuitas elevados al rango de esas potencias fatídicas que presentó la edad media en sus supersticiosos terrores: para dar una idea del horror que su nombre provocaba, decia Mr. Michelet en medio de los aplausos de sus oyentes¹, y apoyado en los fantasmas entrevistos en su delirio: «Es el Jesuitismo el espíritu de delacion, las bajas costumbres del alumno «delator procedentes del colegio y del convento y propagadas á la «sociedad entera. ¡Qué repugnante espectáculo!... todo un pueblo «viviendo como si fuese una casa de Jesuitas, esto es, ocupado siempre en denunciarse. La traicion en el hogar doméstico, la «mujer espía del marido, el hijo de la madre... Ningun rumor se «percibe; solo un triste murmullo, un zumbido de gentes que confiesan los pecados ajenos, que se confiesan entre sí y se devoran «poquito á poco, es el único rumor que llega á nuestros oidos. No «se crea que es este cuadro desgarrador simple obra de mi imagi-

¹ De los Jesuitas; por los Sres. Michelet y Quinet, pág. 12.

«nacion; pues veo desde aquí algunos pueblos que los Jesuitas hundan cada dia mas en ese infierno de eternas miserias y degradaciones.»

Sin embargo, en la misma época aquellos sacerdotes que tenian un pié en cada familia, un oido atento á todos los secretos, un espía y un denunciador en cada puerta, se vieron á consecuencia de un robo doméstico despojados ó privados de una suma de mas de doscientos mil francos. Juan Bautista Affnaer, procedente de una familia belga en la que eran la probidad y la religion hereditarias, llamó hácia el mes de enero de 1841 á la casa de la calle de los Correos; y como dijo hallarse sin recursos, sin pan y en el colmo de la desgracia, acogiéronle los Jesuitas, tanto por su triste posicion como por la recomendacion de un eclesiástico compatriota suyo. Ya habia sido condenado Affnaer en la Flandes occidental como falsario y por haber hecho una quiebra fraudulenta; pero ocultó cuidadosamente este episodio de su vida, y por medio de hipócritas demostraciones supo captarse la benevolencia de los discípulos del Instituto. Colocado en la procura, á las órdenes del P. Moirez, tenia una asignacion ó paga proporcionada á sus funciones, viviendo en un absoluto retiro, por ser, segun decia, lo que mas convenia á su fortuna y á su piedad. Mientras que procuraba Affnaer engañar á los Jesuitas con su supuesto desprendimiento de los placeres mundanales, seguia en París una existencia de lujo y de prodigalidad; y á fin de poder atender á sus locas orgías, procuró que se le confiara la caja que contenia los títulos de renta y los diversos valores destinados á sostener las misiones de allende los mares, y á procurar á las demás provincias del Instituto todos los objetos religiosos ó científicos que solo podian hallarse en París. Al verse Affnaer en posesion de los tesoros de la Orden, empezó á robar y derrochar; robó y volvió á robar entregándose á todos los excesos del lujo y de la prostitucion: tenia caballos, queridas, amigos, y sobre todo se procuró una falsa llave que era la que debia atender á los despilfarros que le ocasionaban todos estos objetos. Para ocultar su infame proceder, arrancó algunas hojas del libro de cuentas y alteró las sumas, con lo que pudo continuar por espacio de dos años y medio, ó sea hasta el dia de su fuga á Inglaterra, en que se descubrió el robo y el modo infame con que correspondió á la confianza que supo inspirar. Esos Jesuitas, á quienes, segun sus enemigos, nada podia pasarles por alto, estaban en la mas completa ignorancia de lo que su-

cedia casi en su mismo Instituto: solo algunas casas les separaban de la en que vivia Affnaer, y sin embargo no llegó hasta ellos ningun rumor, ninguna sospecha de los excesos y orgías que se hacian con su dinero.

Regresó Affnaer á París, y como fuese denunciado su hurto por los Jesuitas, se le redujo á prision en 28 de junio de 1844. Como era este un vago que especulaba en la inconmensurable buena fe de sus víctimas, apenas sufrió su primer interrogatorio, cuando se vió al ladron convertirse en miserable. Sabia que hallaria en la prensa ecos complacientes para reproducir sus delaciones; por lo que procuró forjarse un cúmulo de imposturas. En efecto, tomó la prensa revolucionaria al ladron bajo su amparo, fué á festejarle en su cárcel, dramatizó sus mentiras, y se esforzó en poetizar el infame papel desempeñado por aquel miserable. Amenazó además á la Compañía de Jesús con todas las revelaciones que suponía poder hacer; y pronto llegó Affnaer en las columnas del *Constitucional* al nivel de la grandeza de Mr. Thiers y de la veracidad de Mr. Sue; forjándosele una gloria que eclipsó momentáneamente la de los Cousin, los Quinet y Dupin. Fueron los Jesuitas víctimas de uno de esos abusos de confianza que solo admiran á las gentes honradas; la prensa revolucionaria, lejos de reprobarlo como era su deber, compadeció al ladron, hasta el punto de pretender, con la mas cínica de las aberraciones del espíritu, acreditar los rumores que inventaba sobre aquel acontecimiento.

La justicia, que conocia ya de aquel negocio, hizo comparecer á Affnaer en los dias 8 y 9 de abril de 1845 ante el tribunal de *Assises* del Sena; y de toda aquella fantasmagoría con que se habia pretendido distraer la credulidad pública no quedó entonces mas que un ladron de baja ralea á quien la fundada acusacion del fiscal monsieur de Thorigny arrancó para siempre la máscara constitucional. En su consecuencia fue Affnaer condenado por el jurado y olvidado por aquellos hombres que habian querido dotarle de una impudencia á la cual le hizo renunciar la firmeza de los magistrados. Para la instruccion del proceso, para demostrar que todas las versiones del acusado eran meras fábulas, habia sido preciso que el ojo investigador de los jueces de instruccion y de los miembros de estrados recorriera los registros de la Compañía, descendiendo hasta los mas minuciosos detalles en todos sus negocios. Imaginóse el ladron que no consentirian los Jesuitas en revelar el secreto de su existen-